



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 9 de abril de 2003

Himno a Dios por sus maravillas

1. La *liturgia de Laudes*, que estamos siguiendo en su desarrollo a través de nuestras catequesis, nos propone la primera parte del salmo 134, que acaba de resonar en el canto de los solistas. El texto revela una notable serie de alusiones a otros pasajes bíblicos y parece estar envuelto en un clima pascual. No por nada la tradición judaica ha unido este salmo al sucesivo, el 135, considerando el conjunto como "el gran *Hallel*", es decir, la alabanza solemne y festiva que es preciso elevar al Señor con ocasión de la Pascua.

En efecto, este salmo pone fuertemente de relieve el Éxodo, con la mención de las "plagas" de Egipto y con la evocación del ingreso en la tierra prometida. Pero sigamos ahora las etapas sucesivas, que el salmo 134 revela en el desarrollo de los doce primeros versículos: es una reflexión que queremos transformar en oración.

2. Al inicio nos encontramos con la característica invitación a la alabanza, un elemento típico de los himnos dirigidos al Señor en el Salterio. La invitación a cantar el *aleluya* se dirige a los "siervos del Señor" (v. 1), que en el original hebreo se presentan "erguidos" en el recinto sagrado del templo (cf. v. 2), es decir, en la actitud ritual de la oración (cf. *Sal* 133, 1-2).

Participan en la alabanza ante todo los ministros del culto, sacerdotes y levitas, que viven y actúan "en los atrios de la casa de nuestro Dios" (*Sal* 134, 2). Sin embargo, a estos "siervos del Señor" se asocian idealmente todos los fieles. En efecto, inmediatamente después se hace mención de la elección de todo Israel para ser aliado y testigo del amor del Señor: "Él se escogió a Jacob, a Israel en posesión suya" (v. 4). Desde esta perspectiva, se celebran dos cualidades

fundamentales de Dios: es "bueno" y es "amable" (v. 3). El vínculo que existe entre nosotros y el Señor está marcado por el amor, por la intimidad y por la adhesión gozosa.

3. Después de la invitación a la alabanza, el salmista prosigue con una solemne profesión de fe, que comienza con la expresión típica: "Yo sé", es decir, yo reconozco, yo creo (cf. v. 5). Son dos los artículos de fe que proclama un solista en nombre de todo el pueblo, reunido en asamblea litúrgica. Ante todo se ensalza la acción de Dios en todo el universo: él es, por excelencia, el Señor del cosmos: "El Señor todo lo que quiere lo hace: en el cielo y en la tierra" (v. 6). Domina incluso los mares y los abismos, que son el emblema del caos, de las energías negativas, del límite y de la nada.

El Señor es también quien forma las nubes, los rayos, la lluvia y los vientos, recurriendo a sus "silos" (cf. v. 7). En efecto, los antiguos habitantes del Oriente Próximo imaginaban que los agentes climáticos se conservaban en depósitos, semejantes a cofres celestiales de los que Dios tomaba para esparcirlos por la tierra.

4. El otro componente de la profesión de fe se refiere a la historia de la salvación. Al Dios creador se le reconoce ahora como el Señor redentor, evocando los acontecimientos fundamentales de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. El salmista cita, ante todo, la "plaga" de los primogénitos (cf. *Ex* 12, 29-30), que resume todos los "prodigios y signos" realizados por Dios liberador durante la epopeya del Éxodo (cf. *Sal* 134, 8-9). Inmediatamente después se recuerdan las clamorosas victorias que permitieron a Israel superar las dificultades y los obstáculos encontrados en su camino (cf. vv. 10-11). Por último, se perfila en el horizonte la tierra prometida, que Israel recibe "en heredad" del Señor (v. 12).

Ahora bien, todos estos signos de alianza, que se profesarán más ampliamente en el salmo sucesivo, el 135, atestiguan la verdad fundamental proclamada en el primer mandamiento del Decálogo. Dios es único y es persona que obra y habla, ama y salva: "el Señor es grande, nuestro dueño más que todos los dioses" (v. 5; cf. *Ex* 20, 2-3; *Sal* 94, 3).

5. Siguiendo la línea de esta profesión de fe, también nosotros elevamos nuestra alabanza a Dios. El Papa san Clemente I, en su *primera Carta a los Corintios*, nos dirige esta invitación: "Fijemos nuestra mirada en el Padre y Creador de todo el universo y adhirámonos a los magníficos y sobreabundantes dones y beneficios de su paz. Mirémosle con nuestra mente y contemplemos con los ojos del alma su magnánimo designio. Consideremos cuán blandamente se porta con toda la creación. Los cielos, movidos por su disposición, le están sometidos en paz. El día y la noche recorren la carrera por él ordenada, sin que mutuamente se impidan. El sol y la luna y los coros de las estrellas giran, conforme a su ordenación, en armonía y sin transgresión alguna, en torno a los límites por él señalados. La tierra, germinando conforme a su voluntad, produce a sus debidos tiempos copiosísimo sustento para hombres y fieras, y para todos los animales que se mueven sobre ella, sin que jamás se rebele ni mude nada de cuanto fue por él

decretado" (19, 2-20, 4: *Padres Apostólicos*, BAC 1993, pp. 196-197). San Clemente I concluye afirmando: "Todas estas cosas ordenó el grande Artífice y Soberano de todo el universo que se mantuvieran en paz y concordia, derramando sobre todas sus beneficios, y más copiosamente sobre nosotros, que nos hemos refugiado en sus misericordias por medio de nuestro Señor Jesucristo. A él sea la gloria y la grandeza por eternidad de eternidades. Amén" (*ib.*, p. 198).

Saludos

Doy mi cordial bienvenida a todos los peregrinos de España y de América Latina, particularmente a los grupos parroquiales venidos de Zaragoza. Elevemos nuestra alabanza a Dios, siguiendo las pautas de la profesión de fe que proclama el salmo que hoy hemos cantado.

Os dirijo ahora un cordial saludo a vosotros, *jóvenes*, *enfermos* y *recién casados*. En este último tramo de la Cuaresma, os exhorto a proseguir con empeño el camino espiritual hacia la Pascua. A vosotros, queridos *jóvenes*, os pido que intensifiquéis vuestro testimonio de amor a la cruz de Cristo; a vosotros, queridos *enfermos*, que viváis la prueba del dolor como acto de amor a Jesús crucificado y resucitado; y a vosotros, queridos *recién casados*, que imitéis en vuestra unión matrimonial la fidelidad perdurable del Señor a la Iglesia su esposa.

LLAMAMIENTO DEL SANTO PADRE

Mientras en Bagdad y en otros centros de Irak siguen los enfrentamientos, con destrucciones y muertes, noticias no menos preocupantes llegan del continente africano, del que, en días pasados, procedían informaciones sobre matanzas y ejecuciones sumarias. Escenario de estos crímenes ha sido la atormentada región de los Grandes Lagos y, en particular, una zona de la República democrática del Congo.

A la vez que elevo a Dios una ferviente oración de sufragio por las víctimas, dirijo un apremiante llamamiento a los responsables políticos, así como a todos los hombres de buena voluntad, para que se comprometan a hacer que cesen las violencias y los atropellos, dejando de lado los egoísmos personales y los intereses de grupo, con la colaboración activa de la comunidad internacional.

Por eso, hay que alentar todos los esfuerzos de reconciliación entre las poblaciones congoleñas, ugandesas y ruandesas, así como los esfuerzos análogos que se están realizando en Burundi y en Sudán, esperando que lleven punto a la paz tan anhelada.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana